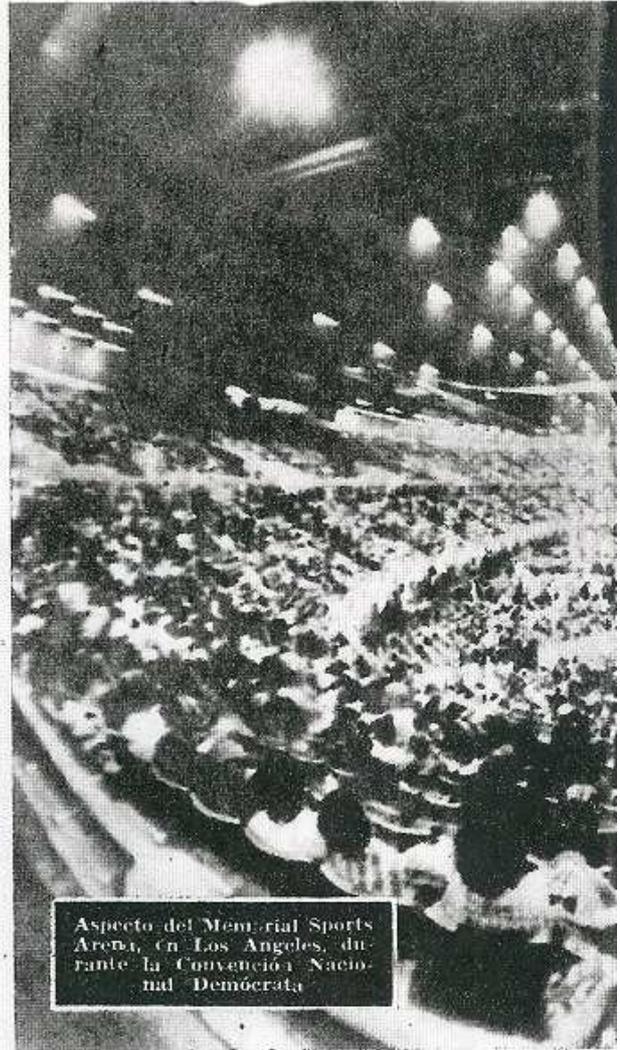




KENNEDY — — JHONSON POR EL PARTIDO DEMOCRATA

Principios de austeridad y de firmeza en su programa

“Nueva Frontera”



Aspecto del Memorial Sports Arena, en Los Angeles, durante la Convención Nacional Demócrata

LA multitud entonaba la vieja salmodia festiva de «Es un excelente muchacho... y siempre lo será». El excelente muchacho se llamaba en aquella ocasión Jhon F. Kennedy. El excelente muchacho salió a la arena del recinto deportivo de Los Angeles, acompañado de su madre y de un sacerdote católico. El gobernador de Florida, Leroy Collins, presidente de la Convención Demócrata, presentó a Jhon F. Kennedy como candidato demócrata a la presidencia de los EE. UU. Las mantras finas y serenas de Jhon F. Kennedy no se alteraron. Los 4.500 delegados demócratas y el numeroso público sin voto, pero con voz, una vez que había utilizado horas antes para aclamar a Adlai Stevenson, pese al salido de los delegados, clavaron sus ojos ávidamente en la figura entre deportiva y cinematográfica del excelente muchacho de Massachusetts. Jhon F. Kennedy fue parco en palabras. Agradecía, y prometía. Poco después, Jhonson Synington y Stevenson, desde sus hoteles disfrazados de cuarteles generales, o viceversa, también prometían un apoyo total al joven candidato. Los tres aspirantes derrotados entonaban, respectivamente, el «Marchemos todos juntos y yo el primero por la senda de las elecciones».

Desde comienzos del presente año, la marcha de Kennedy ha-

bía sido arrolladora. Primero desbancó a su correligionario Humphrey, y después volcó sus energías en una campaña autopropagandística, garantizada por su copiosa fortuna personal y por la astronómica fortuna familiar. Como buen descendiente de irlandeses, Kennedy sostiene su vida sobre dos pilares: la familia y el catolicismo. La familia ha constituido un 90 por 100 de la clave de su triunfo. El catolicismo representaba «a priori» un obstáculo. Sus adversarios habían aireado un artículo de «L'Observatore Romano» en el que se establecía que la Iglesia debe intervenir en la gestión política como guardadora de unos intereses espirituales comprometidos en esa gestión. Numerosos prelados americanos declararon, protegiendo a Kennedy de una probable acusación de servidor del Vaticano, que esa intervención de la Iglesia sólo es necesario en países donde la amenaza comunista interior sea, cuando menos, real.

El primer obstáculo ya está rebasado. Kennedy representará al partido demócrata en las próximas elecciones para decidir quién regirá la Casa Blanca hasta 1964. Por segunda vez en la Historia de los EE. UU. un católico aspira a la Presidencia. El primero fue Al Smith y perdió en 1928, en uno de los períodos más críticos de la historia del

país. En plena crisis económica nacional y universal.

Ahora, en 1960, los EE. UU. padecen también una crisis. Crisis interna y externa. El comunismo le ha impuesto una guerra en todos los horizontes de la tierra y el mar. No una guerra de «misiles», bacterias o bomba atómica; una guerra con armas-sanguijuelas, una guerra de pelizcos.

Jhon F. Kennedy, católico como Al Smith, en un período crítico como el de Al Smith, no quiere fracasar como Al Smith.

DOS PARTIDOS Y UNA HISTORIA

La existencia de dos partidos en EE. UU. no ha producido el que EE. UU. tuvieran dos historias. Desde un prisma latino, «partidismo» equivale a conflicto, desde un prisma anglosajón a «competición». Así, cuando el partido demócrata deja paso al republicano, o viceversa, no se rompe una continuidad política radicalmente.

El sistema bipartidista no es tan antiguo como la existencia nacional de los EE. UU. Washington era enemigo acérrimo de los partidos políticos. La génesis de lo que hoy es el partido demócrata fue el único movimiento político que alboró con la revolución triunfante de los Washington y



Arriba, Steve Solt; abajo, Symington



los Franklin. El bipartidismo tiene su origen en las divergencias entre Alexander Hamilton y Thomas Jefferson, dos pioneros de la institución política norteamericana. Del grupo Hamilton proceda el partido republicano actual, no sin tener en cuenta los varios tumbos que soportaron y los cambios de nombres que experimentaron los federalistas de Alexander Hamilton. En cambio, y paradójicamente, los «republicanos» de Jefferson constituyen el germen del partido demócrata, también a través de una evolución costosa.

Los republicanos han sido tradicionalmente conservadores; los demócratas, liberales. Los términos conservador y liberal no quieren decir en EE. UU. lo que en Europa. La guerra de la independencia norteamericana fue en sí un fenómeno liberal y que produjo una Constitución inspirada en la legislación inglesa, subsiguiente a la revolución del siglo XVII, y que inspiró a su vez la Constitución francesa que nació con la Revolución de 1789... Simplemente los republicanos han representado tradicionalmente los intereses industriales y financieros; los demócratas han atendido preferentemente los intereses ru-



Kennedy, con su esposa, Jacqueline Lee Bouvier, y su hija, Carolina

aparentemente, los republicanos se han mostrado más avanzados. En la Guerra de Secesión los republicanos fueron flagrantemente antiesclavistas. Lincoln era republicano. Los demócratas, en cambio, se escindieron en dos grupos: los partidarios de la esclavitud y los abolicionistas.

Esto en cuanto a las apariencias y al aspecto romántico de la Guerra de Secesión. En la trastienda, los republicanos defendían los privilegios industriales del Norte, y los demócratas, los agrícolas del Sur. La libertad de los negros fue en su mayor parte un pretexto, eso sí, hermoso.

La influencia de aquella Guerra de Secesión, tan popularizada mediante las pantallas, pesa todavía en el planteamiento actual de la política norteamericana. Eisenhower ha sido el Presidente que más decididamente se ha enfrentado con los racistas del Sur. Kennedy, en cambio, y para mantener sus posibilidades de candidato, se ha visto obligado a aceptar a Johnson como compañero de lucha electoral para amainar la alarma de los Estados sureños cuya única esperanza radicaba en Johnson.

UNA CONVENCION Y CUATRO ASPIRANTES

En la Convención demócrata de la que salió Kennedy triunfante se barajaron otros tres nombres principalmente: Symington Johnson y Stevenson. El historial político de estos tres hombres, así como el de Kennedy, están cuajados de servicios prestados a la nación.

Johnson, de Texas (Estado del Sur), y de cincuenta y un años de edad, fue maestro de escuela hasta que en 1922 se trasladó a Washington como secretario de un miembro de la Cámara de representantes. Cinco años después ya era miembro activo de la misma Cámara. Su carrera política asciende progresivamente. En 1948, senador, y desde 1953, jefe de la mayoría demócrata del Senado, son los dos escalones finalmente rebasados por Lyndon Baines Johnson, al que se señala como abocado en la línea conservadora del partido demócrata.

Symington es de Misouri y tiene cincuenta y nueve años. Ocupó cargos en la industria privada, la Emerson Electric Manufacturing Company, entre otras. Sus relaciones amistosas con los obreros, así como algunas medidas de mejoras sociales que llevó a cabo durante su gerencia en la mencionada compañía, le atrajeron la simpatía de los sindicatos. Su carrera política comienza con el fin de la segunda guerra mundial. Director de la Junta de Material Sobrante, vendió material de guerra por un valor de 90.000 millones de dólares, subsecretario del Aire dentro del ministerio de la Guerra, secretario del Aire y presidente de Recursos de Seguridad Nacional, fueron los cargos que ocupó en la administración Truman. Debió caerle simpático a Harry Truman, porque le prohibió ante la Convención demócrata. Symington está en la línea Truman

EL DRAMA INTELECTUAL DE ADLAI STEVENSON

De Adlai Stevenson se dice que sus discursos están más allá de las limitaciones del tiempo. Releer un discurso de Stevenson de hace diez años equivale a leer algo vivo hoy y siempre. Eso aseguran sus partidarios. A fin de que Stevenson no será nunca Presidente de los Estados Unidos porque es excesivamente intelectual. Varios comentaristas señalaron como causa de la derrota de un hombre preparado, inteligente y prestigioso como Stevenson, frente a un Eisenhower adornado exclusivamente con las cualidades del héroe y de la simpatía personal, eso sí, arrolladora, al bajo nivel, no ya cultural, sino intelectual, del pueblo norteamericano.

Stevenson, en un país donde la Universidad pesase en la vida pública, hubiera sido Presidente. Stevenson no tiene nada que hacer en un país en el que la Universidad, según expresión de sus más caracterizados profesores, es una mera oficina de títulos profesionales y un instrumento de bienestar material individual. La señora Roosevelt comprendió muy bien que sólo le quedaba a Stevenson el apoyo universitario y de aquí su petición a los profesores de Harvard para que ampararan la candidatura de Stevenson dentro de la Convención demócrata.

Stevenson era el más viejo de los aspirantes demócratas. Cuenta en la actualidad con sesenta años de edad. Nació en Illinois, estudió en Princeton y en la Northwestern Law School. Ejerció como abogado y ocupó varios cargos en las administraciones de Roosevelt, Truman y Eisenhower, preferentemente dentro de la Secretaría de Estado. Fue gobernador de Illinois de 1948 a 1952 y figuró como candidato demócrata a la Presidencia en las elecciones de 1952 y 1956, siendo derrotado en ambas ocasiones por Eisenhower. Se le señala como secretario de Estado tras un hipotético triunfo de Kennedy.

LA BUENA ESTRELLA DE KENNEDY

En Estados Unidos priva mucho la adoración por el «hombre-éxito»; los demócratas han jugado la carta «hombre-éxito». Kennedy es el clásico hombre perfecto dentro de la civilización norteamericana. Rico, bien parecido, joven, audaz y equilibrado. Dentro de la supuesta línea izquierdista del partido demócrata, línea encabezada por Stevenson y Humphrey, Kennedy ha jugado un poco a ella para atraerse los votos de los sindicatos, votos que no le faltaron en la Convención. No obstante, el izquierdismo de Kennedy resulta de lo más moderado dentro del ya de por sí moderado izquierdismo demócrata.

Ante las carcajadas de Stalin, la alta sociedad norteamericana llamaba «bolchevique» a Roosevelt. Ante la sonrisa avisada de Krustchev esa misma alta socie-

izquierdista. Para el Kremlin Kennedy no pasa de ser un demagogo por conveniencia, como lo indicaba «Pravda» hace unos días.

Kennedy une a las cualidades anteriormente expuestas la de ser un héroe de guerra. Esa heroicidad la ha utilizado en su campaña electoral, en la que colaboraron antiguos marinos y oficiales bajo su mando en la campaña del Pacífico. Kennedy es miembro de la Cámara de Representantes desde 1946, es decir, desde los veintinueve años de edad, y senador desde 1952, con sus treinta y cinco años recién cumplidos. Hijo de millonario y político, su padre, «el viejo Kennedy», como le llaman familiarmente en los círculos políticos, fue embajador en Londres en la era «laborista». La juventud de su esposa, su belleza, el hecho de tener un hijo por las mismas fechas de las elecciones presidenciales, son armas que Kennedy y su equipo de consejeros utilizarán de cara a la propaganda.

Kennedy ha tenido suerte incluso a la hora de escoger sus consejeros. Aparte de toda su familia, encabezada por su hermano Robert, verdadero jefe de Relaciones Públicas del equipo, cuenta con el patrocinio y los consejos de uno de los economistas y pensadores más interesantes del actual momento norteamericano. Se trata de W. W. Rostow, autor de un libro de economía con características de «best-seller» y titulado «Las etapas del crecimiento económico» y subtítulo «Un manifiesto no comunista».

HAROLD J. LASKI, KENNEDY Y ROSTOW

«El viejo Kennedy» quiso que su hijo estudiara en los mejores centros de formación económico-política. Kennedy ya fue educado desde la cuna a su presente político. Con tal motivo estudió en Choate, Harvard y en la London School of Economics. En esa escuela explicaba sus lecciones el más importante teórico socialista inglés que seguía la estela del matrimonio Webb y del desconcertante Bernard Shaw. Nos referimos a Harold J. Laski. Cuando este hecho fue de dominio público en Estados Unidos, cundió la alarma. ¿Hasta qué punto influenció Laski a Kennedy? Pese a las diferencias establecidas entre demócratas y republicanos, en una cosa coinciden, el respeto a la propiedad privada y a los principios liberales de la economía. ¿Va a resultar Kennedy un socializador como en cierto sentido lo fue Roosevelt?

Kennedy cobijó bajo sus alas desplegadas a un hombre como Rostow, que al decir de los comentaristas occidentales en asuntos económicos ha propinado con sus teorías un serio golpe a las doctrinas económicas marxistas. Rostow critica la interpretación de la Historia que hacen los marxistas, y entre una de sus denuncias encontramos la de que un cambio de estructuras económicas no ha condicionado en la U. R. S. S. la aparición de un

hombre nuevo, sino que ha sido el poder político sostenido sobre la Policía del partido comunista y el Ejército quienes han sostenido un sistema económico y un hombre inmerso en él. Acusa, pues, de idealismo a la configuración político-económica de la U. R. S. S. Por mucho menos que eso Lenin dijo cosas bastante gruesas de Kautsky y compañía.

Pero Rostow también sostiene que Occidente debe facilitar el «despegue» económico de los países subdesarrollados, es decir, el paso desde la sociedad tradicional a la sociedad de economía plenamente desarrollada. Lo difícil será conjugar esto con la característica economía norteamericana de superproducción basada en el juego de oferta y demanda y en la conquista de unos mercados demandantes. Esos mercados coinciden con los de los subdesarrollados. Si en los países la economía se expande a través del industrialismo, ¿no dejarán de ser mercados para los productos norteamericanos? Y si es así, ¿no constituirá eso la revisión de todo el sistema económico estadounidense?

Rostow y Kennedy y los próximos cuatro años tendrán la respuesta.

A «PRAVDA» NO LE GUSTA NINGUNO

«Pravda», días antes de la Convención demócrata, se pronunció sobre los aspirantes a la candidatura y a la presidencia.

De Kennedy dijo que era «un experto en demagogia que critica ásperamente la administración republicana, pero que raramente acudía a los hechos». De Symington, que era un belicista y que sus argumentos propagandísticos eran éstos: «armas y más armas». De Johnson, que estaba sostenido por los racistas del Sur y los industriales del petróleo. De Stevenson, que sus posibilidades habían aumentado últimamente.

También aludían a Nixon, el blanco de todos los disparos de Krustchev, y del vicepresidente se decía que su posición era inconsistente a causa del descontento del país por el incidente «U-2».

Rusia, que tan a las claras pretende influir en las próximas elecciones presidenciales norteamericanas, pretendía un doble objetivo. La elección de Stevenson como representante demócrata y el descrédito de Nixon como candidato republicano casi seguro.

Las puertas de la Casa Blanca se abrían seguras para el «coexistente» Stevenson. De momento falló la baza Stevenson. Lo que no parece tan seguro es que le falle a Krustchev la baza anti-Nixon. Si no le falla, Nikita tendrá que hablar con Kennedy y oír quizá lo que diga Rostow. Un nombre que no hay que olvidar.

PROGRAMA KENNEDY

Estados Unidos tienen planteados tres problemas serios: China comunista, los países subdesarrollados, y como consecuencia, la



Lyndon B. Johnson, jefe de la mayoría demócrata del Senado, con su familia

revisión estratégica universal. Kennedy ya se ha referido a China, y en sus propósitos está reconocerla. También se ha pronunciado por una mayor flexibilidad en el problema berlinés. Al menos antes de la ratificación de su candidatura. Inmediatamente después de su designación sostuvo un criterio muy distinto sobre la cuestión berlinesa. Pero en un período electoral decidirse puede ser cuestión de todas las mañanas.

Los demócratas ya han proclamado su programa, fundamentado en los siguientes puntos: 1.º Restaurar la fuerza nacional. 2.º Apoyar la unidad europea. 3.º Proteger los países subdesarrollados. 4.º Reformas económicas interiores. Un punto extra, reafirman su propósito de no reconocer a la China comunista. Kennedy se expresó recientemente en sentido contrario. ¿Tácticas electorales? ¿Discrepancias?

Walter Lippman consagró un editorial del «New York Herald Tribune» a Kennedy, y fue totalmente elogioso. Lo curioso es que tanto Lippman como Alsop los más célebres comentaristas del republicano «New York Herald Tribune», se pronuncien por un candidato demócrata.

DEL «NEW DEAL» A LA «NUEVA FRONTERA»

Cuando Roosevelt recibió una nación diezmada interiormente por una grave crisis, puso en práctica la política del «New

Deal». Consistía ésta en centralizar un tanto la gestión económica del país, era en cierto sentido una estatificación. La misma crisis había producido estatificaciones en casi todo el mundo. Los regímenes alemán, italiano, portugués, así lo indican. El Estado hacía frente a una economía fundamental en la anarquía y la encauzaba, sin que por ello pudiera hablarse de socialismo.

Kennedy ha cobijado su programa bajo el título de «Nueva Frontera». Habla de austeridad, de revisión, de despertar del letargo. La reciente crisis en la industria del acero, resuelta gracias a una huelga que alivió el problema de superproducción y almacenamiento de productos por rotura entre el juego de oferta y demanda, constituyó un serio aviso para la economía norteamericana. La Historia no vuelve atrás, pero las circunstancias en las que se desarrolle la «Nueva Frontera» pueden parecerse a las del «New Deal». De momento, la denominación de «Nueva Frontera» evoca un poco cualquier título del film de «western». Y un «western» parece el cundo. Hagamos si no un «travelling» con el Congo, Argelia, el Caribe y Extremo Oriente.

VAZQUEZ MONTALBAN